

Muerde el silencio

José María Merino

Ramón Acín es un ciudadano del País de la Literatura: por su profesión, por el programa de «Invitación a la lectura» que creó en Aragón hace más de veinte años y que continúa dirigiendo –el proyecto de animación a leer, orientado a los jóvenes, más sólido y eficaz de cuantos se desarrollan en España– por su dedicación a la promoción de revistas y colecciones literarias, por su labor como escritor, tanto en el campo del ensayo –con textos enjundiosos sobre la situación de los libros en su situación real de «consumo»– como en otros aspectos el artículo, el dietario o la recopilación de leyendas y cuentos populares– y, sobre todo, en la narrativa de ficción, en cuyo campo acaba de aparecer *Muerde el silencio*, su última novela.

La relación de Ramón Acín con el territorio físico donde habitualmente transcurre su vida suele impregnar sus obras de imaginación. Por eso no es raro que este último libro encuadre su ficción en un espacio «el llamado Valle, a secas» que, aunque mítico, concentra muchas referencias de la montaña de Huesca y del valle de Tena, tan familiar al autor. Como se sabe, la conversión de territorios reales en míticos o literarios es antigua, pero en el siglo XX recobró mucha fuerza a través del Yoknapatawpha faulkneriano, determinante, en lengua española, de otros espacios imaginarios como el Santa María de Onetti, la Región de Juan Benet, el Macondo de García Márquez, y más recientemente el «reino» de Celama, de Luis Mateo Díez...

Un territorio mítico de la literatura acota una parcela imaginaria convirtiéndola en arquetipo, reconstruyéndola de modo que, sin perder una referencia reconocible de lo real –conductas, tramas, encuentros, pérdidas– presente también un contenido sim-

Ramón Acín: *Muerde el silencio*. Algaida. Sevilla, 2007.

bólico. *Muerde el silencio* narra pues una parte de la vida de ese «Valle» que, trasunto imaginario de espacios reales en las auténticas montañas oscenses, cobra sentido simbólico a través de la mirada y de la voluntad del autor.

La historia se relata tomando como motivo central el personaje de Angelina, de Casa Burrullán, –las «Casas» como células o reductos de clanes familiares, permanentes, cobran mucha fuerza en la novela– y a tal personaje se acerca el texto en cuatro momentos sucesivos a lo largo de los años. No es la primera vez que Acín utiliza un protagonista femenino para desarrollar la trama: en *Cinco mujeres en la vida de un hombre* (2003) un personaje casi setentón confesaba, evocaba, analizaba, ensoñaba, las mujeres de su vida a través de cinco episodios que iban coincidiendo con distintos tramos de esa peripecia vital –la niñez, la adolescencia, la aventura matrimonial y familiar, las brasas tardías y postreras. En *Muerde el silencio* el personaje femenino que centra principalmente la historia está contemplado también a través de cuatro momentos que le sirven al autor no solo como puntos de referencia para desarrollar el núcleo dramático, sino a modo de perspectivas, diferentes en el tiempo, para vislumbrar el Valle que constituye escenario principal a la novela.

En la primera parte, titulada *Tabula Rasa*, Angelina está vistiéndose de luto el día de la muerte de su abuelo. Esa inicial relación con el luto y con su propio cuerpo señalará uno de los aspectos más acusados de su personalidad, y desde ese momento, polarizado todo por la figura de Angelina, iremos conociendo la vida de unos cuantos habitantes del Valle, su madre, la abuela, el abuelo, el amigo del alma del abuelo, su esposa, y remontándonos en el tiempo irán apareciendo otros personajes con las historias que componen la vida, los avatares y las tragedias de cada uno, personajes de las «Casas» que conviven con Casa Burrullán, Casa Laneta, Casa Galantón, Casa Francés, Casa Templanza, Casa Codalbo...–, unos que permanecen, otros que se van, algunos que deben huir, un panorama humano a lo largo de los años que trascurren desde la guerra de Filipinas y otros sucesos, hasta la República y la Guerra Civil, pero cuando aún el valle no ha conocido lo que luego será su decadencia y agonía.

En la segunda parte de la novela, *Sursum Corda*, también Angelina sirve de motivo predominante, con ocasión de otro luto y varios años después, para centrar la trama. La decadencia del Valle podría estar simbolizada en los deseos de abandonarlo que acucian al personaje, y en esta parte la historia coral se remansa para que conozcamos principalmente ciertos aspectos de la vida de Angelina, el encuentro con el hombre que será su amor y, sobre todo, una excursión a un lugar mítico dentro del Valle, Arco Campanal, donde tendrá lugar un suceso dramático, oscuramente ejemplar de esa agonía del Valle que ya ha comenzado. En la tercera parte, *Horror Vacui*, Angelina regresa al Valle varios años después, también con motivo de otra muerte, conduciendo por los vericuetos de la montaña un vehículo que llevará al desenlace de la trama. El Valle despierta la melancolía de Angelina, que visita el cementerio y reconstruye ciertos episodios, tanto de su pasado personal como del pasado del propio Valle. El Epílogo, parte cuarta de la novela, es un final estilizado, misterioso, donde el personaje de Angelina se nos muestra desde cierta mirada intemporal.

En un punto de la tercera parte se nos sintetizan los últimos tiempos de la vida del Valle: «El Valle, fortín ancestral, se derrumbaba ante el suspiro de un momento. Sin ruido y sin esfuerzo./ El primer impacto vino, poco a poco, con las obras hidráulicas. Sin apenas notar la herida se fue agrandando hasta que por ella escapó la esencia del Valle. La invasión bárbara llegó silenciosa, con el amago de ayudar. Al principio, la ansiada carretera acercó la comodidad y la forma de vida de otras tierras y ciudades. Después, las obras del pantano, durante una década, acomodaron y enseñaron otras maneras de entender el trabajo y el asueto. Habituaron el Valle a la realidad del salario fijo frente a la planificación de temporada, tan dependiente del clima./ Nada como la molicie para derrumbar imperios./ El segundo impacto fue el turismo...»

La novela es la memoria condensada, narrada sin estridencias, de los últimos tiempos de ese Valle donde crecieron y tuvieron su esplendor las Casas, época que coincide con los recuerdos más lejanos de Angelina y con su propia experiencia vital, siendo ella, precisamente, una muestra del desarraigo voluntario que ha formado parte de acabamiento comunal. Y esa mirada que se hace

intemporal en la última parte de la novela tiene mucho que ver con el propio punto de vista, una voz en tercera persona focalizada en Angelina que se va manifestando de tal modo que parece pertenecer a alguno de los personajes, acaso a ella misma:

«Hasta su muerte José, además de patriarca, había sido el hombre del familia y el timón de la Casa. Su hijo había tiempo que criaba malvas. Murió a causa de unas fiebres al ingerir queso en malas condiciones...» «...Sobrevivió meses a la desgraciada Analena y pasó a mejor vida de repente. Llevaba un tiempo como loco. La gente decía que por remordimiento. Se quedó frito de noche. Los comentarios decían que mientras dormía...» «Se comportó como el cura que era. Uno de esos que, cuando celebran, observan, primero ¿cómo y quién-, y calculan, después ¿en especial, cuánto- el monto final de la bandeja que acaba de pasarse en misa. Incluso se decía que Tiburcio, cuando celebraba misa, tenía un ojo en la hostia y otro en las monedas. Por eso bizqueaba.» «...Cumplidos los deberes con la Patria, Aquilino volvió al pueblo. No le convencía la vida siempre a salto de mata que llevaba. Salvo la atmósfera densa y con olor a tabaco reconcentrado del Casino, la ciudad le agobiaba. Y hasta le enfermaba. Sin embargo, vuelto al pueblo, no pudo zafarse del gusanillo de la cazalla...»

Como puede comprobarse, es una voz construida mediante frases breves, abruptas en muchas ocasiones, que crean un texto rápido, interpolado a menudo por expresiones coloquiales o por la aparición de conceptos locales –carasol, borda, tasca, lapiaz-, lo que le da una extraña singularidad bien de texto oral, bien de peculiar flujo de conciencia, muy marcado por una voluntad de concisión y economía verbal. Este tipo de texto determina que la agonía y muerte del Valle no sean narradas desde lo elegíaco ni mediante recursos más o menos poéticos, sino con una distancia, incluso irónica, que hace más patente el acabamiento que se narra:

«El Valle, abandonado, se transformó en un dormitorio silencioso. Un dormitorio permanente para los muertos que, más olvidados cada día, se convirtieron en los únicos habitantes.

Los vivos, si acudían, lo hacían solo para sestear, cuando la canícula del verano apretaba hasta la asfixia. Las raíces estaban perdidas, ocultas entre los matorrales del olvido y, sobre todo, prisioneras bajo el moderno esplendor de las urbanizaciones. En poco más de una década, apenas quedaba nada del pasado.»

Una novela, en fin, que narra estilizadamente, integrando diversos espacios temporales, una historia personal de desarraigo y perplejidad, y otra colectiva, de agonía y consunción, sobre uno de esos espacios españoles, que, acaso por no utilizar el chantaje de las noblezas históricas y no fomentar agresivamente las particularidades, han conocido el deterioro y la extinción en plena contemporaneidad ©